

LUCIDEZ

Yo soy músico, aunque en realidad debería decir que lo fui, porque desde hace muchos años tan solo me dedico a la enseñanza. Y ahora también eso se ha acabado.

Era interprete de violín. Llegué a estudiar dirección de orquesta y composición, pero nunca hice nada de eso: a mí, lo único que me interesó siempre fue el violín, y a dominarlo sacrificué mi infancia y mi juventud.

Si algo me caracterizaba era mi absoluta capacidad de concentración. Mientras tocaba daba igual lo que ocurriera a mi alrededor: en cuanto apoyaba mi barbilla sobre el violín, levantaba el arco y empezaba a frotar las cuerdas, me olvidaba de todo. Hay músicos que deben aprender a controlar sus nervios, músicos que se alteran de solo imaginarse frente al público. Sé incluso de gente que toma drogas para controlar el temblor de sus manos. Nunca fue mi caso. En el conservatorio decían que tenía un don, pero a mí me gustaba pensar que se trataba de una constitución sana.

Siempre fue así, siempre. También en mi última interpretación. Entonces me atreví con una obra de Kubek, su segundo concierto para violín y orquesta: la escogí porque su enorme dificultad técnica me permitiría mostrar de lo que era capaz. Con él iba a culminar casi veinte años de estudio, de búsqueda de un estilo propio, de perfeccionamiento. Naturalmente había intervenido en multitud de conciertos antes de aquella noche, pero aquel era especial: por primera vez todo era de verdad: la orquesta, el director, el auditorio, la obra, todo de verdad, nada de ciclos de jóvenes interpretes, nada de premios para jóvenes promesas: aquella era mi noche, la noche que estaba llamada a ser la de mi consagración.

Como he dicho, aquel concierto no fue una excepción: estuve perfecto, técnica y emocionalmente. También lo estuvieron la orquesta y el director. Y el segundo concierto para violín de Kubek es sencillamente magistral, de modo que cuando terminamos el público no pudo hacer otra cosa que ponerse en pie y dedicarnos una ovación unánime y sin reservas. Hasta tres veces tuve que volver a escena para responder a sus vítores y bravos.

Fue en la tercera salida cuando ocurrió. Todos me ovacionaban. Incluida la orquesta. Incluido el director. Yo estaba pletórico, exultante. El éxito era total. Se imponía un bis. Estaba pensando en corresponder aquellos aplausos repitiendo el solo del primer movimiento cuando me fijé en las enormes arañas que alumbraban la sala de conciertos: muy modernas y estilizadas, desparramaban la luz desde unos cilindros dorados sujetos por sencillos brazos, también dorados. “Latón”, pensé mientras seguía con la mirada la compleja distribución de las lámparas. Pensé también que debió de ser un problema interesante ubicarlas de modo que la iluminación de aquel complejo auditorio, formado por distintas gradas a modo de terrazas situadas a distintas alturas y con distintas orientaciones, fuese homogénea y elegante. Me dije que además debieron de tener en cuenta los materiales de recubrimiento, pues si bien las paredes eran claras, los doseles de las distintas gradas estaban forrados de madera oscura, lo cual creaba un efecto muy interesante...

Entonces le vi. Al público, quiero decir. Vi sus caras satisfechas, sus ropas impecables, sus aspavientos exagerados, y me di cuenta de que no me interesaban en absoluto. De hecho, me di cuenta de que sus aplausos no me importaban en absoluto. Tampoco sus bravos. “Me creen uno de ellos”, pensé, y este pensamiento me produjo repugnancia. Más tarde, al repasar lo que me había ocurrido, me diría a mí mismo que era ridículo que gente incapaz de leer un partitura fuese la que juzgase mi interpretación. Pero eso fue después. Allí, en el escenario, no fue ningún pensamiento lo que heló mi corazón. Fue una percepción directa, la intuición irrevocable de estar representando una mascarada sin sentido.

Salí de la sala y, sin cambiarme, abandoné el auditorio. Estaba furioso. Caminé sin rumbo hasta que encontré un bar lo suficientemente oscuro como para albergar mis pensamientos. Creo que fue la cara de extrañeza del camarero la que me hizo recordar que aún iba con el frac. Exactamente igual que hoy.

Beber es una de las cosas que nunca hacía: disminuye la sensibilidad de mis dedos. La verdad es que casi cualquier cosa disminuye la sensibilidad de mis dedos y, dado que esto era lo más importante, me convertí en un asceta. También eran importantes la medida del tiempo, el sentido del ritmo o el ángulo de ataque con el arco, pero en mí lo fundamental era la digitación. Era lo que me distinguía de otros, lo que hacía de mí un interprete excepcional. Y lo que me convirtió en un asceta.

No volví a tocar en público. Es algo que decidí aquella misma noche. Puse como excusa una lesión de muñeca, cancelé todos mis compromisos, y me retiré de los escenarios. Seguí, por supuesto, tocando el violín, pero únicamente por placer, y para mí mismo. Se acabaron las prácticas interminables, se acabaron aquellas horas tediosas puliendo un movimiento, probando con un nuevo giro, escuchando una y otra vez una cadencia que no acababa de funcionar. Ser un interprete de primera fila exige unos sacrificios extraordinarios. Siempre di por supuesto que el éxito compensaría aquellos sacrificios. Lo que entendí aquella noche gracias a aquel repentino ataque de lucidez es que tal presunción era completamente falsa.

Por otra parte, debía ganarme la vida. Consideré muchas posibilidades que acabé rechazando porque en todas volvían a aparecer los fantasmas del sacrificio y el éxito y, con ellos, el riesgo de experimentar otro ataque de lucidez. No, no quería enfrentarme de nuevo a la misma pregunta: ¿esto es todo?

Encontré la solución en la enseñanza. En ella podría utilizar mis preciadas habilidades sin correr riesgo alguno. Los éxitos en la docencia son siempre periféricos, más producto de la generosidad de otros que del propio triunfo. Además, y ahí creí que residía la clave, no eran el objetivo. Si acaso, un regalo, una propina.

Lo cierto es que los años pasaron sin pena ni gloria, pues ni hubo éxitos, ni hubo lucidez, ni hubo nada: por mis manos pasó gente mediocre de mediocres ambiciones a las que transmití técnicas pero nunca pasión, una pasión que yo mismo olvidé.

Hasta que apareció Dolores. Cuando llegó a mi clase era una niña esquelética sin apenas fuerzas para levantar el violín y con una técnica digna de un serrador. Sin embargo, Dolores vivía la música, entendía la música. Recuerdo que me sorprendió, y fascinó, que se negase a escuchar las piezas antes de tocarlas. No quería que nadie le estropease el placer de descubrir en las partituras el nuevo tesoro, que nadie mediase entre la obra y ella, que nadie condicionase con su interpretación la suya propia.

Dolores me devolvió la pasión perdida, me devolvió el gusto por el detalle, me devolvió la ilusión por la interpretación perfecta. Le enseñé todo lo que sabía. Y cuando esto no

fue suficiente estudié y aprendí para ella. Fueron años felices en los que solo una sombra enturbiaba mi dicha: el miedo a un nuevo momento de lucidez, a que un día en el futuro descubriese que aquello tampoco tenía sentido.

Ante mis ojos, y mientras tocaba el violín, Dolores se convirtió en una mujer fascinante. Y me enamoré de ella. Sin embargo, jamás le dije nada de mis sentimientos. No quería estropearlo. Pero me sacrifiqué por ella, por su don, por su éxito, y renuncié a mis deseos de Pigmalión. Y acallé una y otra vez mis temores diciéndome que era aquel un sacrificio hermoso, un esfuerzo generoso y desinteresado que ningún estúpido ataque de lucidez podría aniquilar.

En la carrera de un solista todos los conciertos son importantes, pues en todos el músico se juega su futuro, su continuidad. Sin embargo, algunos parecen significarlo todo. A veces es el prestigio de la orquesta o el del director el que lo hace especial. A veces se trata de una osada elección de repertorio, o de un premeditado cambio estilístico. A veces no es más que la sensación íntima de que a partir de esa interpretación todo va a ser distinto.

Un buen día llegó la gran oportunidad de Dolores. Tanto ella como yo sabíamos que sus días de joven promesa habían pasado y que aquel concierto en el que se le ofrecía la voz solista debía ser el de su definitivo salto al estrellato. Era perfecto. Era el momento. La fecha, cinco meses después.

Al principio el tiempo transcurrió lentamente, con desesperante morosidad. Un buen día, sin embargo, los cinco meses habían pasado. Dolores me reclamó a su lado: “Te necesito cerca, necesito tu presencia, tu solidez”, me dijo.

Naturalmente, ella no sabía nada de mis miedos. Pensé en rechazar su invitación: por nada del mundo querría estropearle su gran noche. Pero acepté. Primero, porque mi confianza en Dolores es absoluta: yo sé mejor que nadie de lo que es capaz. Segundo, porque a Dolores no le puedo decir que no.

Llegamos a la ciudad hace una semana, una semana que ha sido una auténtica locura. El concierto ha generado una expectación enorme, y las entrevistas y recepciones y, por supuesto, los ensayos, apenas si le han dejado tiempo a Dolores para descansar. Pero ella ha podido con todo: es joven. Y fuerte.

Esta tarde, al llegar al auditorio, he sentido una punzada de terror. No he podido evitar revivir aquella otra noche, mi gran noche, ni la insoportable sensación de vacío que experimenté durante los aplausos. Pero entonces Dolores me ha mirado, me ha sonreído, y he entendido que esta ocasión era distinta de aquella otra, que esta vez todo estaba cargado de sentido. También me he dicho que sí, pese a todo, volvía a sufrir otro ataque de lucidez, Dolores jamás sabría nada.

Desde la cuarta fila he podido seguir perfectamente su interpretación. Desde que Dolores ha cantado su primera nota he tenido la certidumbre de que el peligro había pasado. Ha estado fantástica, divina. Cuando el público se ha puesto de pie, he sido feliz, completamente feliz, doblemente feliz. Mientras contemplaba a Dolores saludar, hermosa y radiante, me he sentido pleno, justificado.

Ha sido la tercera vez que ha salido a corresponder a los aplausos del auditorio cuando su sonrisa ha desaparecido y su rostro ha compuesto de pronto, repentinamente, un gesto interrogativo, como si súbitamente se hubiese dado cuenta de que algo no iba bien. Desde lo alto del escenario me ha buscado con la mirada. Me estaba preguntando.

Mi primer impulso ha sido el de salir huyendo. En vez de eso he ido a su camerino: he creído que al menos le debía una explicación. Pero no la ha querido. Antes de echarme solo me ha preguntado: “¿Por qué? ¿Por qué no me avisaste?”

¿Por qué?

Alberto

<http://sector17.epsilon.es>